



Bulletin de l'Institut français d'études andines

ISSN: 0303-7495

secretariat@ifea.org.pe

Institut Français d'Études Andines

Organismo Internacional

Ruiz Zevallos, Augusto

Los motines de mayo de 1909. Inmigrantes y nativos en el mercado laboral de Lima a comienzos del siglo XX

Bulletin de l'Institut français d'études andines, vol. 29, núm. 2, 2000

Institut Français d'Études Andines

Lima, Organismo Internacional

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12629203>

► Comment citer

► Numéro complet

► Plus d'informations de cet article

► Site Web du journal dans redalyc.org

redalyc.org

Système d'Information Scientifique

Réseau de revues scientifiques de l'Amérique latine, les Caraïbes, l'Espagne et le Portugal

Projet académique sans but lucratif, développé sous l'initiative pour l'accès ouverte

LOS MOTINES DE MAYO DE 1909

INMIGRANTES Y NATIVOS EN EL MERCADO LABORAL DE LIMA A COMIENZOS DEL SIGLO XX

*Augusto RUIZ ZEVALLOS**

Resumen

El artículo forma parte de un estudio de mayor alcance destinado a aportar al entendimiento de un período clave de la historia del Perú: 1890-1920. A través del estudio de los disturbios urbanos es posible observar la manera cómo una sociedad que atravesaba por fases iniciales del proceso de modernización, condicionaba en los sujetos populares un tipo de respuesta donde la destrucción de propiedades, la ausencia de una organización permanente, las expresiones de ira y desprecio racial y, sobre todo, la existencia de nociones de legitimidad sancionadas por la tradición, estaban entre sus características centrales. Permiten asimismo conocer, a través de dichas manifestaciones, cómo los sectores populares nativos podían influir sobre la marcha de la economía y de la política, muchas veces para su propio beneficio. En este intento, las muchedumbres nativas de Lima de principios del siglo XX desarrollaron una cotidiana lucha que tenía como escenario el mercado de trabajo que, a veces, llegaba a niveles altos de violencia como en las asonadas de mayo de 1909 en el que, como se apreciará en el artículo que sigue, los trabajadores chinos fueron blanco de las agresiones de una multitud que consideraba que los orientales desplazaban a nacionales y además contribuían a la depreciación del salario.

Palabras claves: *Inmigración, motines, modernización, mercado de trabajo.*

LES ÉMEUTES DE MAI 1909

IMMIGRANTS ET NATIONAUX SUR LE MARCHÉ DU TRAVAIL À LIMA AU DÉBUT DU XXÈME SIÈCLE

Résumé

Cet article fait partie d'un ensemble plus vaste qui cherche à apporter des éléments nouveaux à l'étude d'une période clé de l'histoire du Pérou : 1890-1920. L'étude des émeutes qui se sont produites pendant cette période permet d'observer comment une société qui entamait sa modernisation a fini par conduire les masses à une réponse qui se caractérisait par la destruction de la propriété, l'absence d'organisation, les poussées de violence, le racisme et surtout l'apparition de critères de légitimité basés sur la tradition. L'étude de la violence urbaine met également en évidence la capacité des masses à infléchir le cours de l'économie et de la politique du pays et parfois même, d'en tirer un certain bénéfice. Les masses urbaines de Lima au début du XXème siècle ont fait du marché du travail le scénario de leur combat quotidien, combat qui

* Universidad Michel de Montaigne - Bordeaux 3. Institut d'Études Ibériques et Ibéro-Américaines, 33607 – Pessac. Email: ruizevallos33@hotmail.com

atteignait parfois des niveaux extrêmes de violence comme ce fut le cas en mai 1909, tel qu'il est exposé dans le présent article qui évoque le cas des travailleurs chinois, cible de la violence d'une foule qui les rendait responsables de la dégradation de leurs conditions de travail.

Mots clés : *Immigration, émeutes, modernisation, marché du travail.*

THE MAY 1909 RIOTS

IMMIGRANTS AND NATIONALS IN THE LABOUR MARKET OF LIMA AT THE BEGINNING OF THE 20TH CENTURY

Abstract

This article is part of a larger study that seeks to contribute to our understanding of a crucial period of peruvian history, 1890-1920. The study of urban riots allows us to analyze how a society that was going through the first stages of a modernization process, produced a form of lower-class protest characterized by the destruction of property, the lack of a permanent form of organization, certain manifestations of racial outrage, and above all, notions of legitimacy sanctioned by tradition. In addition, the study of urban riots allows us to understand how lower classes could influence economic and political developments, often for their own benefit. In this attempt, the native masses of early 20th-century Lima carried on a daily struggle whose scenario was the labor market which, on occasion, was characterized by high levels of violence, such as the May 1909 riots. As the article details, Chinese people were the target of the crowd's fury, due to the belief that Chinese workers were displacing locals from their jobs and were a factor in the overall decline in salary rates.

Key words: *Immigration, riots, modernization, labour market.*

En mayo de 1909 tuvieron lugar en la ciudad de Lima tres asonadas violentas relacionadas con el problema del empleo y de modo particular con la presencia de inmigrantes chinos. Dos de ellas estuvieron vinculadas con ambos problemas de una manera clara y manifiesta: fueron las asonadas del 9 y del 17 de mayo. Una tercera, en cambio (la del 29 de mayo), fue una rebelión —antes que un simple motín— en la cual la motivación de los sectores populares que participaron —motivación que a nuestro entender tiene relación con el asunto del empleo y la competencia asiática— aparece de manera oculta. De hecho los tres acontecimientos se produjeron en instantes de recesión económica y fuerte inestabilidad política.

Gobernaba el Perú Augusto B. Leguía, en medio de una grave crisis económica, que tuvo un fuerte estímulo en la recesión mundial de 1907 desatada en los países industrializados (1). Un efecto directo de esta crisis fue la subida de los intereses

(1) La crisis de 1907 constituye un fenómeno de naturaleza similar a la crisis de 1929: ambos son momentos de fuerte caída de la actividad económica que ocurren dentro de una fase que marca la tendencia central de la evolución económica (fase de auge en el primer caso y de caída en el segundo). Aunque sus consecuencias no fueron tan graves como la de 1929, la crisis de 1907 fue un verdadero infierno para las economías industrializadas. En los Estados Unidos "... fueron a la quiebra varias grandes empresas en la industria metalúrgica, en la industria eléctrica y en la industria automovilística. En el comercio al por mayor se podía hablar a finales de 1907 y principios de 1908 de una verdadera huelga de compradores, en espera de un descenso de precios, mientras que el comercio al por menor no empezó a reducirse más sino a partir de 1908. La disminución de la producción fue extrema: la

bancarios y “la restricción del crédito para la actividad industrial y comercial” (Prado, 1908: 52). Factores internos como las malas cosechas producto de la sequía, los excesivos gastos en defensa nacional —estimulados por las amenazas del vecino país del norte— además de imprevisiones fiscales, complicaron aún más la situación (*El Economista Peruano*, Año V, Vol. III, N° 54, agosto de 1913).

En el segundo semestre de 1908 la crisis había estallado en el Perú y sus manifestaciones más palpables fueron la paralización violenta de la actividad industrial y comercial y la falta de trabajo:

“El comerciante ha tenido que pedir prórroga de sus obligaciones mercantiles; el industrial que despedir a muchos obreros de sus talleres y el Estado que reducir los gastos públicos y suprimir muchos empleos; y las familias y trabajadores en general, que disminuir el pan de la mesa y echar mano de todos los recursos inimaginables para mantenerse a flote” (*El Economista Peruano*, Año I, N° 1, Lima, marzo de 1909: 3).

Esta tendencia se mantuvo quizás con mayor fuerza aún durante los primeros meses de 1909. Tal fue la situación que caracterizaba la coyuntura en lo económico.

Un segundo hecho a considerar es la intensa actividad política desplegada por partidos, grupos y opositores diversos al gobierno de Leguía. La oposición dejó al gobierno en un virtual aislamiento, pese a que no había cumplido todavía un año en el poder. Los partidos opositores más importantes fueron dos: el Partido Demócrata, liderado por el legendario Nicolás de Piérola, y el Partido Liberal de Augusto Durand. No obstante sus diferencias, ambos grupos se desenvolvían en el mismo espacio social —buscaban apoyo entre la aristocracia, las clases medias y los sectores populares urbanos— y se oponían por igual a los civilistas, en ese instante liderados por la facción de Augusto B. Leguía (2). La actividad política era particularmente intensa en mayo de 1909 debido a que, en este mes, iban a realizarse elecciones para renovar las diputaciones suplentes por Lima.

Un tercer hecho, no menos importante, fue la reactivación de la inmigración china. Aunque, en la ciudad de Lima desde mucho antes había una importante colonia china, el flujo de la migración asiática no había sido tan importante como en el siglo XIX. La reactivación se producía en instantes de fuerte inestabilidad económica para las clases populares, bastante mortificadas por la presencia china en la ciudad. En marzo de 1909 empezó a circular una noticia que anunciaba la llegada de 1 050 chinos al Callao. La alarma entre los trabajadores, especialmente desempleados, se propagó tan rápido como las muestras de hostilidad para con los chinos que habitaban nuestra capital (3).

producción de la fundición, durante el primer semestre de 1908, no fue más que el 50% de la de los seis primeros meses del año 1907...” (Akerman, 1962: 379). Por otro lado en Inglaterra se registró “... una verdadera reducción de la producción que agravó aún más un conflicto obrero provocado por los descensos de salarios... Al igual que para Estados Unidos, la crisis de 1907, puede explicarse por el poco ahorro, la insuficiencia del poder adquisitivo, los errores de inversión y la falta de ajuste entre los diversos estadios de la producción. Las causas son reales y monetarias, generales y específicas, económicas y políticas” (Akerman, 1962: 384-385).

(2) Como es sabido, Leguía después rompería con el civilismo.

(3) La hostilidad era atizada en parte por algunos periódicos de arraigo popular que magnificaban esta clase de noticias, cosa que venían haciendo desde años atrás. Por ejemplo, en marzo

Pequeños escándalos, producidos en pulperías chinas, riñas y otras agresiones protagonizadas en las calles, eran diariamente reportadas por la prensa en la capital. Las hostilidades crecieron velozmente hasta que el 9 de mayo estalló la asonada violenta y multitudinaria en la cual gran número de chinos fueron agredidos y sus propiedades destruidas y saqueadas.

1. EL MOTÍN DEL 9 DE MAYO

El origen de esta revuelta urbana fue una manifestación con exclusivos fines políticos. Como se indicó, el momento era de fuerte efervescencia electoral. Ese domingo unos 300 trabajadores, miembros del autodenominado Partido Obrero —una agrupación efímera y aliada de los Partidos Demócrata y Liberal— se habían reunido en el Paseo Colón para elegir candidatos a diputaciones suplentes por Lima. La elección no se realizó por que la Municipalidad de Lima había incumplido su promesa de enviar mesas de sufragio para esos comicios. Ante este impase, los líderes instaron a sus adherentes a realizar una marcha rumbo a la Plaza de Armas, a fin de protestar ante el alcalde Billinghamurst. Se trató de una movilización pacífica en que los adherentes se desplazaron por el Jirón de la Unión, al compás de una bulliciosa banda de músicos, portando banderas peruanas. Una vez en la Plaza de Armas, el sastre Fidel Cáceres —uno de los candidatos— protestó contra la Municipalidad y a través de un discurso reiteró sus propuestas como representante obrero. Luego puso fin al mitin y se retiró a su domicilio. Para los trabajadores, sin embargo, el mitin no había concluido todavía. Los manifestantes “ya en número de 800” se fraccionaron en varios grupos tomando distintos caminos “no obstante la recomendación hecha al pueblo por el señor Cáceres de retirarse a sus casas en actitud pacífica” (*El Comercio*, 10/05/1909: 1).

Los individuos compartían los postulados del Partido Obrero y de otras agrupaciones afines. En su discurso Cáceres había resumido muchos puntos que expresaban el sentir de los trabajadores y que él se encargaría, de ser elegido, de gestionar ante el Congreso: “leyes proteccionistas para la clase obrera a fin de que tenga siquiera albergue en qué vivir, instrucción para sus hijos, impuesto del 50 por ciento al capital que se hereda, alternabilidad en los empleos públicos, economía forzosa y representación parlamentaria genuina obrera para todos los departamentos de la República” (*El Comercio*, 10/05/1909: 1). Propuestas proactivas destinadas a beneficiar a los sectores populares, que sin duda despertaban simpatías entre los oyentes. Quizás por esto las masas de aquel domingo siguieron fielmente al candidato Cáceres hasta el instante mismo en que se dio por terminado el mitin y, aún cuando decidieron marchar por cuenta propia, continuaron dando vivas al Partido Obrero. El problema radicaba en que el líder del Partido Obrero, al hacer uso de la palabra, no tomó en consideración un punto que en ese instante era capital para esas gentes: el problema de la inmigración asiática y la —según ellas— competencia desleal que realizaba en perjuicio de los trabajadores nacionales. Un diario de la época informó que tras el retiro de Fidel Cáceres, un joven trabajador dirigió un discurso enardecedor en el que manifestó lo siguiente:

de 1907 *Fray K. Bezón* anunció “el próximo arribo a nuestras playas de 50 000 macacos” (*Fray K. Bezón*, 1907: 3).

“No hay trabajo para los obreros peruanos y se trae chinos. No hay trabajo, pero hay casas de juego, no hay trabajo pero hay contribuciones e impuestos. ¿Tendremos valor para ver que tranquilamente se nos echa de nuestro país y se nos sustituye por inmundos chinos? Tengamos coraje. Se nos quiere matar de hambre y debemos ejercer el derecho de legítima defensa” (*La Prensa* (M), 10/05/1909: 1; *Ilustración Obrera*, 20/05/1909: 1).

2. ACCIONES Y OBJETIVOS

Los hechos de aquel domingo quedaron reseñados en diarios capitalinos como *La Prensa*, *El Comercio*, *el Diario* y *El Callao*. También fueron registrados, con amplitud de detalles, por los comisarios y por el Intendente de Policía en documentos conservados en la sección Ministerio del Interior del Archivo General de la Nación. De acuerdo con estas fuentes, las acciones realizadas por las muchedumbres, finalizada la inicial movilización política, fueron las siguientes:

- Manifestación frente a la residencia de Nicolás de Piérola en la calle El Milagro con el objeto de lograr respaldo político a sus demandas.

- Agresión verbal contra los chinos. (Se informó que en el trayecto los manifestantes lanzaban ¡vivas! a Piérola seguidos de ¡Mueras! a los chinos: “como en la calle El Milagro no consiguieron su objetivo, los manifestantes a la voz de ‘abajo los chinos’ se pusieron en marcha hacia distintas partes de la ciudad donde tienen establecidas sus industrias; y especialmente hacia las calles de Albahaquitas, Capón y adyacentes”). (A.G.N., *Ministerio del Interior*, Prefecturas 1909, Legado 125, “Informe del Intendente al Prefecto de Lima del 10/05/1909”: folio 3)

- Apedreamientos a establecimientos de asiáticos. (Según el informe policial estos ataques se produjeron en mercados y distintas calles de la ciudad.)

- Agresión física a la persona de los chinos. (Al dirigirse al barrio chino “en el trayecto agredían a todos los chinos que encontraban a su paso”). (*El Comercio*, 10/05/1909: 1)

- Destrucción de enseres y mercaderías. (En la Calle de la Toma, por ejemplo, un grupo de más o menos cien personas “... rompieron cuanto objeto encontraron a mano, trayendo abajo los andamios, y esparciendo toda la mercadería en el suelo”) (A.G.N., “Informe del intendente...”: f. 3).

- En ciertos casos la acción violenta fue mucho más extrema. En horas de la noche un grupo de revoltosos prendió fuego a la puerta de la encomendería de un asiático en la Calle del Chirimoyo con la clara intención de causar un incendio (A.G.N., “Informe del intendente...”: f. 4).

- Saqueo y destrucción. (“En la calle de Santa Teresa asaltaron a pedradas la encomendería N° 798, propiedad de los asiáticos Ho Hi Son, rompiendo la vidriería y extrayendo mercadería diversa”) (A.G.N., “Informe del intendente...”: f. 4).

- Escenas similares, pero de mayores proporciones ocurrieron en las calles del distrito IX, en el Rímac.

- Allí a las 5 y 30 de la tarde comenzaron a atacar todos los establecimientos de asiáticos “con decisión y espíritu destructor”, apedreando, causando daños y extrayendo las mercaderías).

3. MOTIVACIONES DE LA MULTITUD DEL 9 DE MAYO

Una observación rápida y que prescinda del contexto económico en que se produjeron estas acciones, podía llevar a concluir que la motivación principal de los revoltosos fue el problema de la carestía de las subsistencias, más aún si se toma en cuenta el evidente predominio de incursiones a encomenderías y centros de abasto en general. Empero, sin negar que la preocupación por el costo de vida estuvo presente en esta revuelta, un análisis más detallado de las acciones realizadas permite concluir que la motivación relacionada con la falta de trabajo fue dominante, en lo que respecta a motivaciones racionales. En casi todos los casos la sustracción estuvo acompañada de la destrucción de enseres del establecimiento. En la carnicería de La Riva, de propiedad del asiático Lau San, los revoltosos extrajeron media res y rompieron el mármol del mostrador (A.G.N., “Informe del intendente...”: f. 5).

Vemos en el anterior ejemplo —que se repitió en diversos puntos de la capital— dos tipos de impulsos: no sólo es la apropiación del alimento sino además el castigo lo que motiva las acciones. La *voluntad punitiva*, antes que la preocupación por las subsistencias, prevaleció quizás en la gran mayoría de las incursiones de la turba, pero esto ocurrió más claramente en los siguientes casos:

- En los ataques a las encomenderías donde los manifestantes destruyeron los enseres sin realizar saqueo alguno: por ejemplo en una encomendería de Abajo El Puente “... las turbas violentaron la puerta y ya en el interior agredieron a su conductor, el asiático Santiago N., infiriéndole una herida en la región frontal y contusiones en el cuerpo. A continuación rompieron cuanto objeto encontraron a mano, trayendo abajo los andamios y esparciendo la mercadería en el suelo” (A.G.N., “Informe del intendente...”: f. 3).

- En las agresiones a chinos que no vendían alimentos como el zapatero de la esquina del Jirón Trujillo, a quien, según un periódico anarquista “los manifestantes le pusieron la zapatería en las espaldas” (*Fray K. Bezón*, N° 120, 1909a: 1). Se informó también de ataques a otras dos zapaterías de asiáticos. En una de ellas “... rompieron la puerta y algunas vidrieras...” (A.G.N., “Informe del intendente...”: f. 5; *El Comercio*, 10/05/1909: 1).

- Y finalmente, en los numerosos ataques en que la multitud arrojó piedras a su paso por las calles o barrios chinos y en la agresión personal contra individuos de esa nacionalidad que transitaban por las calles.

En todas estas manifestaciones —aún en las que también se realiza la apropiación de alimentos— la multitud quiso *castigar* antes que usurpar; manifestar su descontento por la presencia de inmigrantes chinos en los comercios e industrias de la ciudad antes que protestar por la subida de precios. “Abajo los chinos, asesinos del pueblo, ladrones de nuestro pan”, gritaba un grupo del pueblo al pasar por la Calle de Albahaquitas (*La Prensa*, 10/05/1909: 1). “Queremos pan y trabajo”, coreó la multitud mientras apedreaba tiendas chinas en el costado de Santa Rosa y Fano (*La Prensa*, 10/05/1909: 1). Los chinos eran responsabilizados por un sector del pueblo del malestar ocasionado por la crisis. Una publicación interpretó esta asonada como “una... protesta del proletariado contra el elemento asiático, dueño hoy de todas las pequeñas industrias nacionales” (*Fray K. Bezón*, N° 121, 1909b: 2). Era la competencia asiática lo que estaba en cuestión ese día.

4. EL MOTÍN DEL 17 DE MAYO

Luego del domingo 9, el gobierno dispuso medidas represivas para castigar a los participantes y evitar nuevos desmanes contra los chinos. Simultáneamente dictó algunos decretos destinados a generar empleos. El alcalde Billinghamurst, por su lado, anunció el inicio de una serie de obras de construcción y remodelación. Una de estas obras, iniciadas en el acto, fue la destrucción del Callejón Otaiza, una finca ubicada en el barrio chino que, según todas las descripciones, servía de refugio para miles de chinos quienes vivían hacinados y en las peores condiciones que por entonces podía verse en Lima (4). El objetivo del alcalde fue transformar el Callejón Otaiza en una nueva calle (que luego se llamaría Calle Billinghamurst) y exterminar un foco de “inmundicia y perversión”. Sin embargo, no está del todo descartado un objetivo más de quien tenía entonces grandes ambiciones políticas (y que luego llegaría a ser Presidente del Perú); a saber: ganar las simpatías populares o mejor dicho incrementarlas (5).

Los periódicos de Lima y la gente de clases bajas celebraron la decisión del Municipio. En el mismo lugar de la demolición, “un grupo del pueblo que presenciaba este hecho, manifestaba su complacencia, vivando al señor Billinghamurst”, según el informe del subprefecto quien estaba a cargo de la custodia del lugar. El Intendente manifestó además que había dispuesto medidas extremas de seguridad (más de 60 efectivos) a fin de evitar disturbios “... dada la animosidad que en cierta parte del pueblo se nota hoy contra los chinos” (A.G.N., Ministerio del Interior, Leg. 125, “Comunicación del intendente al Prefecto de Lima del 12/05/1909”: ff. 1-2). Esto ocurría el 12 de mayo.

El 17 del mismo mes, un grupo de desocupados se acercó muy temprano al lugar de la demolición para pedir trabajo. Sumaban aproximadamente unos 200 los solicitantes, quienes al no obtener respuesta afirmativa, decidieron marchar —ya en número de 300— hacia la Municipalidad de Lima, no sin antes haber agredido a los transeúntes chinos. Una vez en el municipio, portando piedras y palos “... pidieron a grandes voces trabajo y solicitaron hablar con el alcalde Billinghamurst” (*El Comercio* (T), 17/05/1909: 1). Minutos después los revoltosos agredieron a un ambulante asiático que vendía frutas y verduras. La policía intervino y, sin causar mayores conflictos, los manifestantes decidieron retirarse al barrio de Malambo.

En esta oportunidad hubo también agresiones contra los asiáticos pero los desmanes no tomaron las mismas dimensiones del domingo 9. En parte por la misma actitud de previsión de los inmigrantes quienes cerraron sus establecimientos y en parte

(4) “Cada uno de los cuartos del Callejón Otaiza está dividido por tabiques horizontales y verticales en numerosos compartimientos tan estrechos que apenas podían contener el cuerpo de un hombre echado! Cada uno de estos nichos constituía la vivienda de un chino! El Callejón tiene más de cien cuartos, dispuestos de esta manera, es decir, que la casa aloja, principalmente en la noche, alrededor de un millar de asiáticos. Hace cuatro años, por medios coactivos, logró destruirse los tabiques y evitar que la cifra de habitantes excediera los 300. Pero fue un fracaso... Dicho lugar es insaneable sin la destrucción total del inmueble.” El testimonio corresponde al año 1908 (Ver *Perú 1915*, T. I: 177). Un estudio a fondo del Callejón Otaiza se encuentra en Rodríguez Pastor, 1995.

(5) Billinghamurst había desarrollado una estrecha relación con el pueblo desde la década de 1870, dentro de un estilo de hacer política que ha sido calificado como populismo temprano. Véase el pionero trabajo de Blanchard, 1977: 254.

también por efecto de insistentes rumores que circularon por esos días, según los cuales los chinos habían comprado revólveres para defenderse. En realidad se trataba de algo más que simples rumores, según los informes policiales. Aunque la delegación china desmintió esta afirmación, la Intendencia de Policía comprobó que desde el domingo 9 hasta el día 15 “... se han venido trescientos sesentiséis revólveres, de los cuales más de las dos terceras partes han sido compradas por miembros de la colonia china” (A.G.N., Ministerio del Interior, Leg. 125, “Comunicación del intendente al Prefecto de Lima del 12/05/1909”: ff. 1-2).

También hay que tomar en consideración que las iras contra los chinos no habían desaparecido, pero a diferencia del domingo 9 los revoltosos no querían solamente *castigar* o dejar sentado un descontento general. También querían *dialogar* y encontrar, negociando con las autoridades, posibles salidas al problema. El 17 de mayo el interlocutor elegido fue el alcalde Billinghamurst. Las turbas no cesaron en su actividad hasta que lograron su objetivo. Al culminar esa mañana, una comisión de cinco personas fue recibida en el Palacio Municipal (*El Comercio*, 17/05/1909: 1). La actitud dialogante no era exclusiva de estos trabajadores, que buscaban empleo como albañiles. Al día siguiente el Presidente Leguía recibió en Palacio de Gobierno una comisión formada por delegados de la Asamblea de Sociedades Unidas, de la Sociedad de Carpinteros, Sombrereros, Federación Estrella del Perú y de auxilios mutuos (*El Comercio*, 19/05/1909: 1).

5. LA REACCIÓN DEL GOBIERNO

En Palacio de Gobierno, Leguía había dispuesto algunas medidas destinadas, si no a resolver el problema del empleo, por lo menos a que disminuyeran los conflictos con los chinos. Dispuso en primer término “la suspensión inmediata de la inmigración al Perú de personas de esa nacionalidad” (*La Prensa*, 15/05/1909:1). La medida no incluía a los 1 050 chinos que habían partido en el mes de marzo del imperio y que por entonces se encontraban en alta mar rumbo al Callao. Sin embargo, sí resultó efectiva para nuevos aspirantes. El 20 de mayo el cónsul peruano en Hong Kong suspendió “... la partida de 300 chinos que intentaban embarcarse para el Callao...” (*El Callao*, 21/05/1909: 4). Esto dio origen a un diferendo diplomático entre El Perú y el país oriental que no terminó sino con la firma de un nuevo tratado que restringió el ingreso de chinos (Basadre, 1983, T. VII: 282-283).

Otra medida, muy discutida entonces, fue la apertura de una matrícula para personas desocupadas dispuestas a viajar a las haciendas de provincias para laborar en faenas del campo. El gobierno en coordinación con los hacendados, se había comprometido a subvencionar los gastos de transporte a quienes desearan este tipo de trabajo. Muchos calificaron como utópica la medida, dada la “urbanomanía” de los trabajadores de Lima que no era otra cosa que una resistencia natural a descender aún más en las categorías ocupacionales. Algunos opinaron que además de utópica era malintencionada:

“En las haciendas de las provincias pagan un sol por jornal. Este jornal es de lampa, hacha o machete y de las 7 de la mañana a las 6 de la tarde,

y un caporal insolente al pie que no deja ni resollar” (*Fray K. Bezón*, 1909a: 3) (6).

Además de lo anterior el Gobierno dictó una serie de dispositivos destinados a dar trabajo en la construcción. A través del Ministerio de Fomento ordenó a las Juntas Departamentales remitir los fondos no utilizados en las obras públicas a la Caja de Depósitos y Consignaciones (*El Comercio*, 17/05/1909: 1). Otro anuncio fue la construcción del Malecón Figueredo en el Callao, “obra en la que hallarán ocupación muchos brazos que en estos momentos carecen de ella” (*El Callao*, 11/05/1909: 2) (7). Paralelamente se anunció que en la Municipalidad de Lima se había nombrado una comisión para iniciar arreglos en la Plaza de La Victoria (*El Callao*, 14/05/1909: 3).

Estas medidas, pese a que podían beneficiar a los sectores más bajos de la escala ocupacional, no resolvían el problema. Pero también era cierto que reactivar la economía no dependía sólo del Gobierno. Acentuada por “el ocultamiento del capital a causa de la inseguridad de la paz pública tanto interna como externa” (*El Economista Peruano*, Año I, Nº 10, 29/12/1909: 1), la crisis demandaba soluciones que emanaran de las clases altas. La respuesta del gobierno sólo reflejó su desesperación ante un hecho evidente: su cada vez mayor aislamiento. Su desesperación tenía fundamentos: a pocas manzanas de Palacio de Gobierno, grupos opositores conspiraban para derrocar al Presidente.

6. LA REBELIÓN DEL 29 DE MAYO

El 29 de mayo de 1909 está registrado como una de las fechas más espectaculares y más insólitas de la historia política del país. Ese día los hijos de Nicolás de Piérola, Isaías y Amadeo, y su hermano Carlos, secundados de unas 50 personas llevaron a cabo un fallido golpe de estado contra el Presidente Augusto B. Leguía. Basadre lo calificó como “la sublevación más audaz que registra la historia del Perú desde el día en que ‘los caballeros de la capa’ asesinaron a Francisco Pizarro” (Basadre, 1983, T. VIII: 275). No le faltó razón.

Tras vencer la resistencia de los centinelas de Palacio, los hijos del Califa llegaron hasta el despacho del Presidente y lo conminaron a firmar su carta de renuncia. Leguía se negó. Acto seguido, lo secuestraron y lo hicieron marchar por las calles céntricas buscando apoyo en la población. Según varios testimonios, la turba que lo secuestraba (50 individuos armados de revólveres) fue engrosando a medida que desfilaba por las calles y se acercaba a la plaza de la inquisición. En este lugar una vez más le obligaron

(6) Otro periódico que calificó de utópica la medida del gobierno fue *La Prensa* (10/05/1909: 1).

(7) Las obras en el Malecón Figueredo, de hecho iban a beneficiar a los desocupados de la ciudad de Lima, donde la situación era más grave que en el vecino puerto: “Ayer se inscribieron en el registro abierto en la Intendencia, 48 operarios y peones sin trabajo. De éstos sólo pertenecen 12 a los que han sido despedidos por las empresas de este puerto a causa de la crisis, pues los demás han venido de Lima o de los fundos cercanos al Callao” (véase *El Callao*, 12/05/1909: 1). Un día antes el mismo diario, preocupado por la situación laboral en la capital, instaba a la Municipalidad de Lima a poner en marcha un proyecto de canalización del Río Rímac en el área que atraviesa la ciudad (*El Callao*, 11/05/1909: 2).

a firmar la carta de renuncia y una vez más el Presidente se negó. La turba vociferaba e insultaba a Leguía, mientras que desde el Estado Mayor del Ejército había partido —con bastante retraso— un destacamento bajo el mando de un alférez de apellido Gómez. Al llegar a la Plaza de la Inquisición, una ráfaga de balas que hirió y dio muerte a buen número de rebeldes y curiosos, puso fin al secuestro. Minutos después, Leguía regresó triunfante por las calles que dos horas antes lo habían visto prisionero.

Aunque organizada y liderada por conspiradores del Partido Demócrata, la rebelión del 29 de mayo contó con la participación de gente de extracción popular. La indagación de Cecilia Israel por archivos de defunción dio como resultado las siguientes cifras. Según la Beneficencia Pública de Lima, en esos días hubo 80 muertes por herida de bala y arma blanca, de los cuales 40 fueron a la fosa común, mientras que los 40 restantes recibieron una sepultura con cierta ceremonia y consideración que incluía el uso de nichos y carrozas, a los que sólo se podía acceder pagando sumas que fluctuaban entre los 100 y los 10 mil soles (Israel, 1983: 113-114). Esto quiere decir que entre los heridos de bala hubo un 50% no menos importante de clases medias y altas y un 50% de gentes procedentes de las clases populares. De estos últimos es difícil saber cuántos participaron realmente y cuántos murieron de forma inocente (curiosos). Lo que sí parece incuestionable es que esa participación aunque minoritaria fue real. Juan Pedro Paz Soldán, en su relato sobre los sucesos del 29 de mayo, ofrece interesantes descripciones al respecto. Sostiene por ejemplo, que tras el rapto de Leguía, gente del pueblo se agolpó en Palacio de Gobierno, apoyando el movimiento insurgente y pidiendo a gritos armas. En Barrios Altos, hubo también manifestaciones similares que fueron dispersadas haciendo uso de la violencia. Hablando del secuestro de Leguía por las calles céntricas de la ciudad, indica lo siguiente:

“... tras él va un grupo de hombres de color: negros y zambos que abrazan a Isaías de Piérola que está en medio del grupo...” (Paz Soldán, 1937: 15).

Paz Soldán destaca además la participación de un negro que, sogá en mano, insistía una y otra vez, para que sin tanto rodeo se ahorcara al Presidente.

Que la “gente de color” participó activamente en los disturbios del domingo 9 y el lunes 17, no existe duda. De acuerdo con los partes policiales y con las informaciones de los diarios, fueron los distritos VIII (La Victoria), V (Barrios Altos) y IX (Rímac) donde la agresión a los asiáticos, los desórdenes callejeros y los enfrentamientos con las fuerzas del orden, resultaron más intensos, especialmente en el distrito IX, ubicado en el 5° cuartel de policía. Para dominar la situación en esta zona “... se mandaron fuerzas de policía de los cuarteles 1ro., 2do. y 4to....” (*El Diario*, 11/05/1909: 1). Los Distritos VIII, V y IX eran también zonas de la ciudad donde los negros se concentraban más en relación a otros distritos (Stokes, 1987).

Hay además un hecho no menos importante: en los principios de siglo, las profesiones donde abundan negros son las de jornalero y principalmente albañil. Es sintomático a este respecto que en la protesta de albañiles del 17 de mayo, éstos, una vez que intervino la policía, decidieron replegarse en el barrio de Malambo:

“Era allí donde los alborotadores habían formado su cuartel general. De la multitud de callejones que existen en Malambo salió una gran cantidad de gente que hizo causa común con los manifestantes” (*El Comercio* (T), 17/05/1909: 1).

Sin embargo, no puede afirmarse que sólo fueron negros y albañiles los protagonistas en las jornadas de mayo. Las fotos del mitin del Partido Obrero que publicó *La Prensa* permiten vislumbrar una participación heterogénea en lo que respecta a razas y probablemente a ocupaciones (*La Prensa* (M), 11/05/1909: 1). Lo mismo puede sostenerse para el motín del día 17; incluso uno de los cabecillas, un tal Navarro “que en una mano enarbolaba un grueso garrote, en la otra tenía un hacha, con la que se proponía echar por tierra a cuanto hijo de Confucio se le pusiera a la vista” (*El Comercio* (T), 17/05/1909: 1) fue identificado como un ciudadano de nacionalidad chilena. Mucha gente había descendido de categoría por efecto de la crisis. Muchos de los que normalmente trabajaban como carpinteros o pintores, no tenían más que hacer que buscar trabajo como jornaleros, categoría profesional que casi siempre coincidía con la de albañil. Esto sucedía porque la industria de la construcción era una de las pocas actividades cuya reactivación estaba al alcance del gobierno, como se vio en anteriores párrafos.

De otro lado, representantes directos de los carpinteros y sombrereros, sesionaron con el Presidente Leguía para buscar salidas al problema del empleo. Entre los treinta y uno revoltosos que fueron detenidos por la policía el domingo 9:

“... hay varios artesanos, carpinteros, plomeros, panaderos, un tipógrafo, un jardinero, un trabajador de la fábrica Mauer y un pintor...” (*La Prensa* (T), 11/05/1909: 1).

¿Y los zapateros? Éstos y los albañiles estuvieron ausentes de la reunión en Palacio de Gobierno por que ambos grupos aún no estaban organizados (8). Aunque es posible que su presencia entre los detenidos esté escondida en el rubro “artesanos”, lo cual solía ocurrir en las estadísticas de la penitenciaría (9). Durante la revuelta del domingo 9, ¿quiénes sino ellos podían estar más motivados para destruir zapaterías chinas? Un buen porcentaje de chinos (23% según el *Directorio* de Paulet y 40% según la Patente de 1908-1912) eran propietarios de zapaterías. Si la competencia legitimizaba

(8) Zapateros y albañiles comienzan a organizarse sindicalmente en 1914 y 1913 respectivamente. Sin embargo, “la formación del primer sindicato de albañiles pareciera tener que ver más con la pujanza de algunos personajes...y con el ambiente auspicioso dentro de la clase obrera en general, que con un movimiento de bases de los albañiles” (Stokes, 1987: 204). Algo similar puede afirmarse respecto a los zapateros, entre los cuales fue más evidente la tendencia a practicar salidas individuales y desesperadas, como el delito.

(9) Esto ocurrió por ejemplo en la memoria de la penitenciaría correspondiente a 1913-1914, donde aparece el rubro de “artesanos”, sin que haya manera de saber cuántos zapateros están incluidos en él. Sin embargo, para los años anteriores la clasificación es más extensa y es factible comprobar que los zapateros, no sólo eran el grupo más importante entre los artesanos, sino de todas las especialidades. Digamos de paso que este hecho y la participación activa de algunos zapateros en los actos violentos de masas de 1919, ameritan un examen detenido. Para información sobre la penitenciaría debe consultarse las memorias del Ministerio de Justicia, Instrucción y Culto.

la agresión, los zapateros eran los más estimulados. Al igual que los panaderos, los zapateros tenían motivos evidentes para denunciar y combatir la competencia asiática.

Pero además de lo anterior, creemos que existen otras motivaciones racionales detrás de los actos de violencia. Durante los forcejeos entre los amotinados y la policía que trataba de evitar que la protesta del lunes 17 tome las dimensiones de la que ocurrió el domingo 9, un inspector preguntó a los revoltosos en medio de los gritos de la multitud:

“¿Qué les hacen los infelices chinos?”

Uno de ellos contestó:

“Trabajan por jornales miserables y se quiere que nosotros vivamos con lo mismo que ellos ganan” (*La Prensa* (T), 17/05/1909: 1).

No sólo era la competencia lo que motivaba el odio contra los asiáticos sino también los efectos que esa “competencia ilícita” dejaba para los trabajadores nativos. No era sólo la posibilidad de perder trabajo a manos de los chinos, sino también el tener que aceptar “un trabajo mal pagado”, lo que generaba la animadversión. Por ello es posible suponer que además de los trabajadores nombrados antes, hubo sectores que sufrían la baja del salario a causa del trabajo de asiáticos que se ofrecían a menor precio. Éstos podrían ser incluso trabajadores dependientes en el pequeño comercio o de otras industrias.

Fue el caso, sin duda alguna, de los panaderos. Los trabajadores chinos y un poco después los japoneses representaron una verdadera pesadilla para los nativos en las panaderías. Conformaban una suerte de ejército de reserva que facilitaba al patrón rebajar los salarios de sus operarios. En varias oportunidades —según puede apreciarse en las actas de asambleas de la Federación de Panaderos “Estrella del Perú”— los obreros vieron imposibilitadas sus aspiraciones de incrementar sus ingresos en forma simultánea al aumento del costo de vida. En una de ellas, por ejemplo, los obreros reclamaron aumento de jornales a través de un delegado, pero el patrón le contestó “... que era sumamente imposible el aumento y que si los peruanos no querían trabajar para eso tenían bastantes chinos” (Federación de Obreros Panificadores “Estrella del Perú”, “Libro de Actas 1914-1916”: folio 42). Los obreros fueron a la huelga y el patrón cumplió con su amenaza, gracias a la colaboración del maestro: “como yo soy el maestro y tenía la masa en el tablero, para mi parecer era yo el llamado a defender el trabajo por lo cual acepté el trabajar con los chinos”, alegó (Federación de Obreros Panificadores “Estrella del Perú”, “Libro de Actas 1914-1916”: f. 43) (10). Esto obligaba a los panaderos nativos a librar una doble lucha —o mejor, una lucha en dos frentes— para defender su standard de vida: contra los patrones y contra los asiáticos. Una lucha al mismo tiempo a dos niveles: el nivel legal, solicitando como lo hicieron desde comienzos de siglo que se reglamente un porcentaje mínimo de asiáticos en las panaderías; y el ilegal, a través de la hostilidad casi cotidiana y en casos extremos del motín. En suma, había un conjunto de motivaciones, ligadas al problema del empleo, que hicieron de los chinos blanco principal de ataques de los sectores populares nativos.

(10) Sobre los conflictos de los panaderos con los trabajadores chinos y las medidas de carácter corporativo que plantearon a su favor, ver Tejada, 1988.

Sea porque desplazaban a peruanos de algunos centros de trabajo, sea por que su trabajo contribuía a la baja del salario, las muchedumbres protestaron contra el desempleo a través de la violencia contra los asiáticos.

La participación popular en el intento golpista del 29 de mayo se puede comprender mejor en relación a sus motivaciones propias. Ese mismo día, en horas de la tarde, cuando la rebelión había sido sofocada, “un grupo de individuos del pueblo”, según un parte policial, “aprovechando que el orden público se había alborotado por los sucesos políticos de ese día, asaltó y saqueó la encomendería del asiático Santiago Lau San, sito en la Calle Malambo 508” (A.G.N., Ministerio del Interior, Leg 125, “Comunicación del Intendente al Prefecto del 08/06/1909”: f. 1). El problema de la competencia asiática, de esta forma estuvo también presente el 29 de mayo. Por ello no es exagerado suponer que las muchedumbres que secundaban a los Piérola, podían ver en ellos a sus salvadores ante la situación de crisis que afrontaban. Una reacción además propia de masas “preindustriales” en trance de constitución. Recordemos que en los disturbios del domingo 9 manifestantes daban “muera” a los chinos y coreaban “vivas” por igual a Piérola y Durand. Y aunque oficialmente los demócratas no se manifestaron a favor de esos disturbios, diarios de inocultable filiación pierolista, como *La Prensa*, alentaron decididamente la destrucción de tiendas chinas:

“Pagaremos a buena hora todas las indemnizaciones que se quiera por el daño que reciban los chinos, pero si se le cierran las puertas hay que provocar no uno sino mil conflictos, hasta lograr que se marchen de aquí” (*La Prensa*, 10/05/1909: 1) (11).

Sin lugar a dudas, los sectores populares podían sentirse protegidos con un eventual gobierno de los demócratas o de líderes similares como Durand y Billingham. Esto lo sabían los protagonistas del fallido golpe contra Leguía. De ello, sin embargo, no podía deducirse, necesariamente, un apoyo violento —y en todo momento— a sus planes políticos, lo cual, al parecer, no fue tomado en cuenta por los conspiradores, quienes (no es difícil imaginarlo) se habrían impresionado (e ilusionado) con la energía demostrada por las multitudes. Tal sería la magnitud de los enfrentamientos con las fuerzas del orden que el reportero del diario *La Prensa*, al presenciar los acontecimientos en el barrio de Malambo, no pudo evitar compararlos con las explosiones de masas ocurridas por entonces en la Rusia zarista:

“Casi no nos atrevemos a narrar lo que pasó en Malambo. Cualquier descripción resultaría pálida al lado de la realidad de los hechos. Baste decir, para hacerse una idea de lo que allí pasó, que un cuadro terrorífico de los acontecimientos de Rusia no hubiera aventajado en escenas de saqueo y lucha realizado ayer en este populoso barrio... La ira del pueblo contra los que consideraba sus degenadores había estallado y se traducía en saqueo... La policía cargaba sobre ellos y una lluvia de piedras la hizo retroceder... La lucha llegó a hacerse tan reñida que parecía la calle una

(11) Este diario además orientaba la información con la finalidad de deteriorar la imagen del Gobierno. Concluía por ejemplo que si el gobierno recibía por cada chino ingresado al país la suma de cien soles: “debe recibir entonces poco más de un centenar de miles de soles” (*La Prensa*, 18/05/1909: 1).

barricada de asalto... Puede decirse que la policía sólo lograba ganar terreno en el momento en que lo abandonaban sus contrarios, y esto sucedía cuando estaba saqueada la tienda asaltada” (*La Prensa* (M), 10/05/1909: 2).

La revuelta urbana del 9 de mayo habría servido de estímulo a los hijos de Nicolás de Piérola, quienes se habrían convencido de una masiva participación del pueblo en el derrocamiento de Leguía. Esta participación como sabemos, no se produjo. Del 9 al 29 de mayo pasaron tres semanas en las cuales las condiciones para una insurrección popular habían quedado marchitadas. Varios hechos, como la ley que emitió Leguía interrumpiendo la inmigración china, las disposiciones para que se ejecuten obras que suministren empleo así como el desgaste popular luego de los actos violentos y la puesta en prisión de muchos revoltosos, explican por qué no hubo una participación masiva en respaldo de lo sublevados. Pero esta conclusión podemos establecerla en nuestros días. En mayo de 1909 y participando en los acontecimientos (sucede en nuestros días) no era fácil pensar serenamente.

7. A MANERA DE CONCLUSIÓN

A pesar de que las revueltas contra las importaciones y las rebeliones sangrientas promovidas con el mismo objetivo no se produjeron más (luego del gran contragolpe popular que derrocó a los Gutiérrez en julio de 1872), y a pesar también de que la rebaja de las subsistencias ocupó el lugar central de los reclamos populares, en los principios del siglo XX la aspiración de tener ingerencia en el mercado de trabajo siguió vigente. Hubo momentos en que las luchas por el trabajo se manifestaron no sólo aisladamente, sino incluso de manera dominante: ese fue el caso de los motines de mayo de 1909 contra los trabajadores chinos.

Aunque no se puede soslayar la existencia de impulsos irracionales (generalmente de origen étnico), las turbas populares, compuestas por carpinteros, zapateros, plomeros, panaderos y otros artesanos, se movilizaron por las calles de Lima para realizar desmanes, saqueos, incendios y otras egresiones cometidas contra inmigrantes chinos y sus propiedades, fundamentalmente porque consideraban que su presencia en el mercado laboral dejaba sin empleo a los nativos y contribuía al decrecimiento del salario.

De otro lado, la beligerancia de los trabajadores nativos fue un elemento de primer orden en las luchas por el poder de las diferentes agrupaciones del sistema político de entonces y tal vez ahí podamos detectar el origen del enorme peso que, hasta la década de los 80 del siglo XX, tuvieron los movimientos populares urbanos en los conflictos de las agrupaciones políticas.

Finalmente, más allá de los objetivos de los partidos, el estudio de las revueltas de mayo de 1909 sirve para mostrar, además de la actitud sublevante de estos sectores, su interés en lograr cierta ingerencia en el manejo de la economía, al menos en lo que respecta al mercado laboral. De hecho, como se apreció en la reacción del gobierno y municipios, en cierta forma, lograron sus objetivos. Motines como los anteriores, que podrían ser calificados como *revueltas urbanas por el pacto*, puesto que buscaban

compartir decisiones sobre la economía, más que destruir, ponen en evidencia la importancia de las muchedumbres en el proceso histórico peruano del siglo XX. Queda pendiente el estudio de otras motivaciones e impulsos que dinamizan la revuelta urbana, tales como las pasiones étnicas y la cultura popular como fuente de legitimidad.

Referencias citadas

- A.G.N., *Ministerio del Interior*, Prefecturas, 1909 - Legado 125 "Informe del Intendente al Prefecto de Lima del 10/05/1909".
- A.G.N., Ministerio del Interior, 1909 - Leg. 125, "Comunicación del intendente al Prefecto de Lima del 12/05/1909".
- A.G.N., Ministerio del Interior, 1909 - Leg 125, "Comunicación del Intendente al Prefecto del 08/06/1909".
- AKERMAN, J., 1962 - *Estructura y ciclos económicos*, 413p.; Madrid: Ediciones Aguilar.
- BASADRE, J., 1983 - *Historia de la República del Perú, 1822-1933*, T. VII, 439p.; Lima: Editorial Universitaria.
- BLANCHARD, P., 1977 - A populist precursor: Guillermo Billinghurst. *Journal of Latin American Studies*, **9**: 251-273.
- El Callao*, 11/05/1909.
- El Callao*, 12/05/1909.
- El Callao*, 14/05/1909.
- El Callao*, 21/05/1909.
- El Comercio* (M), 10/05/1909.
- El Comercio* (M), 15/05/1909.
- El Comercio* (T), 17/05/1909.
- El Comercio*, 19/05/1909.
- El Diario*, 11/05/1909.
- El Economista Peruano*, 1909 - **Año I, N° 1**: Lima, marzo de 1909.
- El Economista Peruano*, 1909 - **Año I, N° 10**, 29/12/1909.
- EL Economista peruano*, 1909 - **Año V, Vol. III, N° 54**, agosto de 1913.
- Federación de Obreros Panificadores "Estrella del Perú", 1914-1916 - "Libro de Actas 1914-1916".
- Fray K. Bezón, 1907 - **N° 9**, 30/03/1907.
- Fray K. Bezón, 1909a - **Año III, N° 120**, 15/05/1909.
- Fray K. Bezón, 1909b - **Año III, N° 121**, 22/05/1909.
- ISRAEL, C., 1980 - Partidos políticos y conflictos sociales a principios de siglo. Tesis para optar el grado de bachiller en Humanidades, Pontificia Universidad Católica del Perú, 188p.
- Ilustración Obrera*, 1909 - **Año I, N° 10**, 20/05/1909; Lima.
- La Prensa* (M), 10/05/1909.
- La Prensa* (M), 11/05/1909.
- La Prensa* (T), 17/05/1909.
- La Prensa*, 15/05/1909.

- MILLER, L., 1987 - La mujer obrera en Lima 1900 - 1930. In: *Lima Obrera. 1900-1930*, T. II (Miller, L, Huiza, J.L., Stokes, S. & Lloréns, JA): 11-152; Lima: Ediciones El Virrey.
- PAZ SOLDÁN, J., 1914 - *El golpe de Estado del 29 de mayo de 1909*, 77 p.; Lima: Imprenta del Estado.
- PERÚ, Ministerio de Fomento, 1915 - *Censo de la provincia de Lima*, T. I, 400 p.; Lima: Imprenta La Opinión Nacional.
- PRADO Y UGARTECHE, M. I., 1908 - *Balance económico del año 1907 en el Perú*, 128p.; Lima: Imprenta La industria.
- RODRÍGUEZ PASTOR, H., 1995 - El Callejón Otaiza y el barrio chino. In: *Mundos Interiores. Lima: 1850 - 1950*: 397-427; Lima: Ciup-Universidad del Pacífico.
- STOKES, S., 1987 - Etnicidad y clase social: los afroperuanos de Lima, 1900-1930. In: *Lima Obrera, 1900-1930* (Miller, L., Huiza, J.L., Stokes, L., & Lloréns, JA.): 171-252; Lima: Ediciones El Virrey.
- TEJADA, L., 1988 - *La cuestión del pan*, 418 p.; Lima: Instituto Nacional de Cultura.

31



Análisis y Alternativas

Radicalismo político en élites regionales: Ayacucho 1930 – 1956, Jaime Urrutia / Luis Miguel Glave **Los orígenes del Partido Aprista Peruano en Cajamarca, 1928-1935.** Lewis Taylor **Agronegocios y pequeños productores en el Perú.** Jorge Torres Zorrilla **Institucionalidad y Riego : el valle del Chillón.** Marcel Valcarcel / Ignacio Cancino

Internacional:

El código de aguas en Chile: entre la ideología y la realidad. Axel Dourojeanni / Andrei Jouralev **Agricultores y la sobreexplotación de los recursos hídricos en Almería, España.** Simón Pedro Izcara Palacios. **Intervención en el mercado de tierras brasileiro: análisis de la experiencia reciente.** Bastiaan P. Reydon / Hector H. Escobar / Ludwig A. Plata.

Valor de la suscripción por cuatro números: Perú S/. 60
América Latina US\$ 38
Norteamérica y Europa US\$ 40
África US\$ 40

Pedidos y giros a nombre de CEPES - Av. Salaverry 818, Lima 11, Perú Fax.: (511)433-1744 - Correo electrónico: feguren@cepes.org.pe